

Los intelectuales y el final de la revolución: la perspectiva funcionalista

Intellectuals and the end of revolution: the functionalist view

Juan Pecourt

Departament de Sociologia i Antropologia Social, Universitat de València, España
juan.pecourt@uv.es

Recibido: 15-8-2013
Aceptado: 19-9-2013



Resumen

El objetivo de este trabajo es realizar un recorrido por las diferentes teorías sobre los intelectuales que se realizaron en los años sesenta y setenta desde la perspectiva del funcionalismo. Actualmente, los debates más recordados de este periodo se sitúan en Europa (Sartre, Aron, Foucault) y se vinculan sobre todo al marxismo. Los norteamericanos, sin embargo, incidieron en la especialización e institucionalización del intelectual y describieron unos contornos de esta figura que guardan muchas semejanzas con las figuras actuales que encontramos, en la esfera pública, de este actor social.

Palabras clave: expertos, funcionalismo, intelectuales, revolucionarios, teoría sociológica.

Abstract

This article's main aim is to present a basic picture of the central functionalist theories on intellectuals developed in the United States during the sixties and seventies. Today, it seems that the main debates arising during that period were placed in Europe (Sartre, Aron, Foucault) and they tended to be linked to Marxism. However, American theorists focused on the specialization and institutionalization of the intellectual and, in this sense, presented a model of this social actor resembling, in some cases, with the present figures of the intellectual.

Key words: Experts, Functionalism, Intellectuals, Revolutionaries, Sociological Theory.

Sumario

1. Introducción | 2. T. Parsons: el intelectual y el orden social | 3. E. Shils: el intelectual como guardián de lo sagrado | 4. R. K. Merton: el intelectual burocrático y el intelectual independiente | 5. C. Wright Mills: el intelectual crítico | 6. Conclusiones | Referencias bibliográficas

1. Introducción

El estudio de los intelectuales ha estado muy influido por la tradición francesa y la idea del intelectual "revolucionario", enfrentado al consenso ortodoxo de la sociedad, que en su día representaron Émile Zola, Jean Paul Sartre, Michel Foucault o Pierre Bourdieu. Sin embargo, el peso adquirido por la aportación francesa ha ensombrecido otras tradiciones que también se han mostrado muy activas a la hora de debatir la problemática de los intelectuales y han alcanzando un importante grado de influencia, a veces no del todo reconocida. A este respecto es necesario destacar el peso de los debates norteamericanos, donde las discusiones sobre esta figura han sido intensas y reiteradas, aunque sus parámetros básicos difieran bastante de los franceses (y de los europeos en general). Precisamente, el objetivo de este trabajo es presentar una panorámica de las definiciones del intelectual aportadas desde el funcionalismo norteamericano. Como es bien sabido, el funcionalismo adquirió durante muchos años un rango teórico dominante y tuvo un peso decisivo en la evolución de las ciencias sociales, tanto en Estados Unidos como en Europa. Sin embargo, sorprende que no se haya reflexionado más a fondo sobre el papel que el funcionalismo norteamericano otorga a los intelectuales, cuando la mayor parte de sus integrantes dedicaron parte de su obra a reflexionar sobre lo que ellos denominaban la "función social del intelectual". El trabajo que presentamos, por tanto, viene a cubrir este hueco y realizar un recorrido exhaustivo por los diferentes teóricos del funcionalismo y su manera de entender la función social de los hombres y mujeres de letras. Sus escritos, aunque pasaron bastante desapercibidos en algunos países europeos, preludian la desactivación progresiva del intelectual "revolucionario" y su transformación en "experto" al servicio de diferentes organizaciones y poderes situados en el terreno político y económico. Esta tendencia hacia la des-radicalización del intelectual, pregonada por el funcionalismo en los años cincuenta y sesenta, parece hoy evidente, cuando gran parte de este colectivo está afiliado a las grandes universidades globales o a los *think tanks* y centros de pensamiento internacionales.

La expansión del intelectual como experto en los Estados Unidos de posguerra, la colaboración entre las elites culturales, políticas y económicas, tuvo, por supuesto, sus justificaciones teóricas. Antes de la guerra no encontramos reflexiones específicas sobre la función de los intelectuales en la sociedad americana, las aportaciones más importantes son europeas. Acabada la contienda, sin embargo, Estados Unidos tomará el testigo de las discusiones teóricas y desarrollará un modelo de intelectual independiente, encargado de la resolución de problemas concretos, que tendrá una gran influencia en los debates posteriores y no será puesto en cuestión hasta bien entrados los años sesenta. Durante este periodo, tomó una gran fuerza la sociología de los intelectuales, que adoptó de manera selectiva los temas tratados por los autores europeos de entreguerras. Así, mientras las huellas de Mannheim (1966) son muy perceptibles, las de Bernstein (1974) o Gramsci (1997) brillan por su ausencia. Estas reflexiones se sitúan en el marco del funcionalismo, una escuela de pensamiento que adquirió una posición hegemónica durante, al menos, dos décadas.

La sociedad norteamericana se había caracterizado por ser una sociedad pragmática y utilitaria, poco interesada en las grandes teorías, incluidas las discusiones sobre la función del intelectual. En el ámbito de las ciencias sociales esto se reflejaba, por una parte, en la preponderancia del darwinismo social y la investigación empírica, y por la otra, en la escasa influencia que había tenido los debates teóricos y metodológicos europeos. Salvo la lectura de Simmel realizada por los impulsores de la Escuela de Chicago, los grandes teóricos de las ciencias sociales europeos eran prácticamente desconocidos. En el ámbito de la opinión pública, la mentalidad pragmática se reflejaba en la escasa influencia social de las discusiones teóricas, y en las sospechas que muchos sectores sociales, incluidas las elites políticas y económicas, arrojaban sobre ellas. El general Eisenhower, utilizando un tono que podría haber surgido perfectamente de una película del oeste, aseguraba que "el intelectual es una persona que utiliza más palabra de las necesarias para decir más de lo que sabe". Sin embargo, en contraposición a las tendencias tradicionales de la sociedad americana, después de la guerra apareció una generación de pensadores sociales que se enfrentó directamente a sus homólogos europeos en el plano de la discusión teórica. En este momento, se introdujo la teoría social en la sociedad americana, y se generó el fermento del que pronto surgiría el funcionalismo, una perspectiva que tratará de desbancar al resto de los paradigmas teóricos de las ciencias sociales. Dentro de este espacio, un ámbito importante de reflexión será, como decíamos, el de la función social de los intelectuales.

2. T. Parsons: el intelectual y el orden social

T. Parsons fue una de las figuras clave en el proceso de introducción de la teoría social en Estados Unidos. Empezó su formación en el Amherst College y luego amplió sus estudios en Europa, asistiendo a seminarios de la London School of Economics y la Universidad de Heidelberg. Allí entrará en contacto con la teoría social europea, especialmente con el pensamiento de Max Weber, que tendrá una gran influencia a lo largo de toda su carrera. El interés de Parsons por los problemas analíticos que existen entre la sociología y la economía, su reelaboración de las ideas weberianas, revolucionó completamente el ambiente intelectual de la sociología americana dominado aún por una amalgama inconexa de empirismo y periodismo social (Turner y Robertson, 1991: 7). Después de la Segunda Guerra Mundial, instalado en la Universidad de Harvard, Parsons se centró en el estudio de los procesos de profesionalización y en las condiciones sociales que hacen posibles las sociedades democráticas o las dictaduras fascistas. Además, sus tareas teóricas no le impidieron participar en los acontecimientos políticos de la época. Desde el ámbito académico, Parsons coincidía con los intelectuales del círculo de Nueva York (D. Bell, L. A. Coser, N. Glazer) (Jumonville, 1991) en considerar el estalinismo como una nueva encarnación del totalitarismo que había que combatir por todos los medios posibles, incluyendo, por supuesto, la colaboración con el Estado. En este sentido, Parsons participó activamente en el *Russian Reseach Center* que se fundó en la Universidad de Harvard y tenía como objetivo de estudiar la sociedad soviética, un organismo directamente vinculado a los servicios de inteligencia de la CIA. Para Parsons, como para muchos otros intelectuales de la época, la colaboración con la CIA no suponía ningún problema, era una extensión natural de su trabajo de defensa de la democracia frente al totalitarismo (Nielsen en Turner y Robertson, 1991: 224). Más dificultades tuvo para copar con las persecuciones del MacCarthismo, y llegó incluso a ser clasificado de comunista por defender a colegas como Robert Bellah del acoso de la HUAC.

La obra de T. Parsons es bien conocida y seguramente la sociología de los intelectuales no es su foco central de atención. Pero aún así, de su obra podemos extraer las claves básicas que guiaron los debates funcionalistas sobre el intelectual. En el artículo "The intellectual: a social category role" Parsons presenta un análisis sintético del intelectual que define las grandes coordenadas que abordarán los demás autores funcionalistas del periodo, como S. Lipset, E. Shils o R. K. Merton. El punto de partida de Parsons se encuentra en la distinción analítica entre el *sistema social* y el *sistema cultural*. Mientras los sistemas sociales organizan las necesidades de interacción de personas y colectivos que actúan en una determinada situación, los sistemas culturales modelan los significados que dan sentido a esas interacciones. Los sistemas de significado, por tanto, proporcionan la dimensión normativa de la acción social, es decir, evalúan las acciones sociales de acuerdo a determinados criterios prefijados. Dentro de esta dicotomía estructural la posición social de los intelectuales es clave, porque ellos son los encargados de gestionar los asuntos de carácter normativo. Su pertenencia al sistema cultural supone, al mismo tiempo, una relativa liberación de las responsabilidades propias de la sociedad. Esta visión acerca a Parsons a la posición del intelectual "relativamente" desclasado propuesta por Mannheim (1966) en el periodo de Weimar, aunque en el caso del sociólogo norteamericano, situado en el contexto histórico de la postguerra, las clases sociales no entran en la ecuación.

Dicho con las palabras del propio Parsons, los intelectuales son aquellas personas "que priorizan el significado de los sistemas simbólicos sobre la interacción con los grupos sociales" (Parsons, 1969: 4). Los intelectuales, siguiendo esta perspectiva, formarían parte de un sistema específico y ejercerían roles sociales que los diferencian del empresario, el gobernante y el resto de la sociedad. Ajenos a las necesidades del sistema social, elaboran los marcos simbólicos de la comunidad desde una posición de autonomía, incidiendo en la preponderancia de "estándares universales" y en el doble imperativo de la "máxima objetividad de la ciencia y la búsqueda de soluciones teóricas y empíricas para la solución de problemas" (Parsons, 1969: 25).

Desde su punto de vista, el desarrollo social estaba otorgando una importancia cada vez mayor a las disciplinas intelectuales. Aquí es donde sitúa la importancia de la profesionalización cultural. Parsons considera que la proporción de población educada era muy superior a épocas anteriores, y que se había producido una gran expansión de la especialización y, en consecuencia, de la eficacia en la resolución de los problemas específicos. Consideraba el proceso de tal alcance que el autor sugiere, adelantándose a las formulaciones posteriores de la Nueva Clase (Konrad y Szelényi, 1977; Gouldner, 1980), que los grupos sociales educados podrían convertirse en el sector estratégico de la sociedad americana. Esto no quería

decir que fueran a superar a los capitanes de la industria y jefes de gobierno, pero sí que el aumento de su peso relativo los estaba acercando a los centros de decisión. En las sociedades avanzadas, las actividades económicas y políticas no pueden funcionar sin el apoyo de un sistema universitario desarrollado que fomente el conocimiento. Paralelamente, en muchos aspectos de su funcionamiento, las universidades siguen dependiendo de los centros de decisión políticos y económicos. Por esta razón, más que hablar de instituciones en discordia y competencia, Parsons creía más apropiado comprenderlas como colaboradoras activas en una situación de interdependencia. Frente a las instituciones que controlan los recursos materiales, la contribución específica de las universidades no procede del poder o el dinero, sino de su capacidad para difundir los elementos "no-materiales" que son pre-condición básica de la acción social: estándares normativos y evaluativos, conocimientos filosóficos y científicos, así como las competencias específicas que se desglosan de estos conocimientos (Parsons, 1969: 20).

Parsons no se prodigó en sus manifestaciones públicas y consideraba poco eficaz, y contrario a las pautas más elementales de la comunidad intelectual, el activismo político que perseguían escritores como J. P. Sartre. Recordando a Weber, consideraba que estos "intelectuales proféticos" trataban de obtener influencia social utilizando medios equivocados y, en cierta medida, ilegítimos, pues no podían rivalizar con las formas convencionales de actuar en el mundo. Aunque tuvieran interés por los asuntos públicos y trataran de intervenir en la realidad, no tenían los instrumentos políticos ni económicos para hacerlo (Parsons, 1969: 21). Al actuar de esta manera, los intelectuales proféticos se estaban equivocando en el desempeño de su función y estaban rompiendo el equilibrio entre la diversidad de roles sociales. El activismo intelectual suponía usurpar las tareas que son propias de los actores políticos. Según Parsons, los intelectuales debían ejercer su influencia a través de los instrumentos específicos de su carrera profesional y no recurriendo a estrategias ajenas al mundo del pensamiento.

El activismo político no suponía solamente una usurpación de roles sociales, además se trataba de una actividad ineficaz destinada a desaparecer. En este sentido, Parsons distingue claramente entre la "influencia genérica" sobre los asuntos públicos que llevan a cabo los intelectuales proféticos y la "influencia específica" de los intelectuales expertos, una idea que se acerca, curiosamente, a lo defendido poco después por M. Foucault (1980). A diferencia de la influencia genérica, ésta última se ejerce dentro de subcampos culturales específicos y se basa en el monopolio de competencias técnicas restringidas. Teniendo en cuenta que el desarrollo cultural tiende hacia la fragmentación y la especialización, hacia un asentamiento creciente del pluralismo, Parsons sugiere que el intelectual profético será sustituido progresivamente por el intelectual especializado, y que éste se limitará a actuar en el marco de su propio subcampo cultural.

El proceso de especialización de la comunidad intelectual lo consideraba muy beneficioso para la salud democrática de la sociedad, porque asegura la protección contra la rigidez religiosa e ideológica caracterizó etapas históricas anteriores. Aquí Parsons está pensando tanto en las corrientes religiosas del pasado como en las corrientes ideológicas contemporáneas. El pluralismo del mundo cultural es una garantía frente a las ideologías que tratan de imponer una visión unitaria de la realidad. Los intelectuales proféticos suelen ser los agentes de este proceso de unificación, por tanto su reconversión y reubicación en espacios culturales profesionalizados era para él positiva y necesaria. En este punto, Parsons hace un claro guiño a D. Bell al afirmar que la progresiva diferenciación del campo cultural suponía el progreso hacia una era post-ideológica. Los intelectuales especializados ya no sentirían la tentación de imponer una visión total de la sociedad.

La aportación de Parsons es importante porque señala, de forma breve y sintética, muchos de los temas tratados en esta época. Su propuesta incide en una tendencia bastante recurrente, y que veremos más elaborada en otros autores, de convertir la sociología de los intelectuales en una especie de sociología de las ocupaciones. Las razones de esta mutación son variadas y en parte contradictorias. Por un lado, la visión funcionalista amplía la definición del intelectual, incluyendo a todos aquellos que se dedican a las tareas simbólicas, y, al mismo tiempo, insiste en la especialización creciente de este colectivo, que corre en paralelo con su mayor profesionalización. Los intelectuales son profesionales que trabajan en los diferentes ámbitos de especialización nacidos con la sociedad industrial. Se trata de agentes sociales que poseen las habilidades requeridas para resolver los problemas específicos de la modernidad y que se caracterizan por la proliferación acelerada de roles. La línea argumental de Parsons está plenamente asentada en la perspectiva analítica de otros autores como Shils (1972), Coser (1965), Lipset (1963) o Merton (1968).

Por otro lado, desde el punto de vista estructural, los intelectuales forman parte de universos sociales que están escindidos del resto de la sociedad. Muchos de ellos recurren al análisis histórico para explicar la especificidad del campo cultural: el proceso de diferenciación de la modernidad y la formación de una esfera cultural independiente gobernada por sus propias normas y reglas, que funciona de manera autónoma pero coordinada con el resto de la sociedad. Para explicar las causas de esta segregación recurren a diferentes interpretaciones, como la cuestión del estatus en Lipset o la institucionalización en Merton, evitando siempre cualquier referencia al análisis de clase marxista. Pese a tratarse de una elite social, las relaciones del intelectual con el resto de la sociedad tienden a ser armónicas y fluidas, en pocas ocasiones se cuestionan las asimetrías observadas. Finalmente, y relacionado con los anterior, una tercera característica de los estudios funcionalistas es el énfasis en la institucionalización creciente de las comunidades intelectuales, es decir, el proceso de incorporación de los intelectuales a grandes organizaciones burocráticas cuyo funcionamiento no controlan. Observan una creciente transferencia de intelectuales independientes a las industrias culturales y burocracias estatales. Esta tendencia no la valoran negativamente sino que la consideran un efecto inevitable del proceso de institucionalización y profesionalización del sistema cultural. Precisamente este proceso es el responsable del desarrollo del conocimiento científico y tecnológico que se observa en la sociedad norteamericana.

3. E. Shils: el intelectual como guardián de lo sagrado

Dentro de la tradición funcionalista, el sociólogo de la Universidad de Chicago E. Shils dedicó parte importante de su obra a estudiar la función de los intelectuales en la sociedad moderna. Shils coincidía con la mayor parte de la comunidad intelectual norteamericana en el peligro que suponía el comunismo para la supervivencia de las sociedades democráticas, cuyo paradigma se encontraba en Estados Unidos. Participó activamente en el Congreso para la Libertad Cultural y colaboró con la la Oficina de Servicios Estratégicos (*Office of Strategic Services*) de la CIA en la lucha contra los enemigos de América. Hasta bien entrados los años setenta se dedicó a apoyar iniciativas dedicadas a combatir el comunismo desde el plano ideológico. Shils buscaba un ideal de la autonomía intelectual que sólo podía realizarse en el seno de la democracia liberal, pero esta posibilidad se encontraba en peligro por la expansión de las posiciones revolucionarias que cuestionaban dicha autonomía. A este respecto, estaba de acuerdo con el politólogo S. Lipset, que se extrañaba por el escoramiento crítico de parte de la inteligencia norteamericana. Lipset aseguraba que la tendencia de la izquierda a la crítica de la sociedad se sustentaba en una percepción distorsionada de la realidad. El intento de asimilar los modelos intelectuales europeos, unos modelos imbuidos por las viejas tradiciones aristocráticas, influía en su percepción negativa del estrato intelectual en Estados Unidos. Sin embargo, todas las evidencias mostraban que los intelectuales tenían una mayor libertad de expresión y un mayor estatus que en cualquier momento anterior de la historia (Lipset (1963):).

En su aproximación al fenómeno de los intelectuales, Shils se centra en su vínculo con el conocimiento puro y desinteresado, que él presenta en términos de una relación con la tradición y lo "sagrado". Según este autor, "en toda sociedad existen personas que tienen una sensibilidad especial para conectar con lo sagrado, una capacidad innata para reflexionar sobre el universo que los rodea y las reglas que gobiernan sus sociedades" (Shils, 1972: 3). Se trata de una minoría en comunión con símbolos que sobrepasan las situaciones inmediatas de la vida cotidiana, símbolos que pueden tener una procedencia remota tanto en el tiempo como en el espacio. La definición propuesta implica que los intelectuales tienen varios roles asociados a su tarea, que Shils explicita de la siguiente manera: a) la creación de símbolos mediante el uso de la imaginación y el ejercicio de la observación y la racionalidad; b) la conservación y reinterpretación de las creaciones producidas por las generaciones precedentes; y c) la transmisión de estas creaciones a aquellos que no han tenido la oportunidad de experimentarlas (Shils, 1972: 154).

Con una argumentación netamente funcionalista, Shils afirma que los encargados de ejercer los roles intelectuales forman parte de comunidades diferenciadas del resto de la sociedad en cuanto a su composición y estructura. Estas comunidades son el resultado de la diferenciación y especialización de la esfera simbólica de la sociedad. El origen de las actividades simbólicas de los intelectuales procede de las preocupaciones religiosas y, aunque la esfera cultural se ha separado progresivamente de la religiosa en la modernidad, comparte con la experiencia religiosa la fascinación por lo sagrado y por contactar con el terreno último del pensamiento y la experiencia (Shils, 1972: 16). El trabajo intelectual secular implica la

búsqueda de la verdad, rastrear los principios que se encuentran detrás de los acontecimientos y las acciones, desvelar las relaciones más profundas con lo que se considera esencial. Por esta razón, la acción intelectual contiene una profunda actitud religiosa, implica una búsqueda de realidades profundas que se encuentran ocultas detrás de los símbolos compartidos. Dentro de la diversidad de tradiciones intelectuales, el elemento básico de todas ellas es el respeto venerable por la búsqueda de lo sagrado.

El sociólogo de Chicago vincula el trato con lo sagrado al contacto con las tradiciones culturales transmitidas a lo largo del tiempo. Esto es así porque el trabajo creativo sólo es posible en el marco de tradiciones que resisten los cambios estructurales de las comunidades intelectuales (Shils, 1972: 15). Las tradiciones más vitales proporcionan normas y reglas con los que se juzga la validez y originalidad de las creaciones individuales. En dicho contexto, el intelectual se define en relación a su participación en estas tradiciones de percepción, apreciación y expresión. Constituyen el cuerpo aceptado de reglas y procedimientos, estándares de juicio y valoración, criterios de selección de problemas y temáticas, cánones para la evaluación de la excelencia, etc. Sin el marco de referencia proporcionado por estas tradiciones, ya sea en los campos científicos o humanísticos, las mente creativa no podrían realizar ninguna aportación original. El sistema de instituciones intelectuales—universidades, revistas científicas, museos, galerías, etc—selecciona a quienes están cualificados para trabajar dentro de estas tradiciones, y los entrenan en la apreciación, aplicación y desarrollo de las mismas. Precisamente, el trabajo de las mentes más poderosas, una vez superados los filtros institucionales pertinentes, consiste en reinterpretar la tradición recibida y adaptarla al presente mediante un proceso de racionalización y sistematización, que permite que el conocimiento no se estanque ni osifique. Estas tradiciones, aunque no estén directamente relacionadas con la posición social de sus seguidores, suponen una cierta tensión con el resto de la sociedad, ya sean la sociedad civil o los grandes poderes sociales. Esta fractura es el resultado inevitable del compromiso con unos valores que están muy alejados de las rutinas de la vida cotidiana, de los placeres ordinarios de la gente corriente y de las obligaciones y compromisos de los estandartes de la autoridad.

La insistencia de Parsons en la importancia de los valores universales se transforma, en el caso de Shils, en una reivindicación de la tradición y lo sagrado. Pero para este último los intelectuales no se limitan a facilitar el contacto con los valores sagrados, también pueden ejercer funciones de poder y autoridad, algo que el funcionalismo más restrictivo de Parsons prefiere no abordar. Shils asegura que los intelectuales pueden colaborar con los poderes terrenales, porque la legitimidad de la autoridad se sustenta en las creencias de la gente, y estas creencias no dependen en ningún modo de sus experiencias cotidianas, más o menos fortuitas, sino que proceden de una tradición heredada cuyos guardianes son los intelectuales. Ellos son los agentes que aportan legitimidad a la acción política y, por esta razón, su participación en los órganos de gobierno está plenamente justificada. Sin embargo, su implicación no tiene por qué suponer la instigación de actividades revolucionarias. En unas condiciones históricas estables, la participación política de los intelectuales suele acompañarse de la cooperación activa con la clase política y la comunión de valores entre ambos estratos. Para Shils, la sintonía de intereses entre los intelectuales y los políticos en los Estados Unidos de los cincuenta era un síntoma de normalización de la comunidad intelectual después de los agitados años de entreguerras. Asegura que no se trataba de un fenómeno nuevo ni extraño; los intelectuales habían tenido un papel muy importante en la administración de sociedades muy diversas, desde el imperio chino hasta los estados-nación de la Europa moderna (Shils, 1972: 8). Los gobernantes necesitan recurrir a individuos con niveles educativos elevados para realizar las tareas requeridas por el Estado, y es natural que sean las comunidades intelectuales quienes realicen estas funciones.

Es cierto que, al poner el acento en lo sagrado, Shils parte de una definición bastante restringida e idealizada de la comunidad intelectual, pero en el momento de analizar las comunidades intelectuales de sociedades concretas, su perspectiva se acerca bastante a la sociología de las ocupaciones que hemos visto delineada en Parsons. La sacralidad muestra su cara más abierta a los problemas prácticos de la sociedad. En este sentido, Shils considera que las comunidades intelectuales han aumentado significativamente de tamaño en las sociedades avanzadas. Los países destinan porcentajes cada vez mayores de su PIB a formar y mantener a los integrantes de la clase intelectual, porque el rendimiento de este colectivo es fundamental en el desarrollo económico de sus sociedades. Los sistemas de educación superior han creado un amplio sector de “intelectuales funcionales”—funcionarios, científicos, ingenieros, contables, profesores—que ocupan los empleos ofrecidos en el sector terciario y constituyen un elemento integral en la organización de las economías modernas. Sin embargo, en este escenario de expansión y desarrollo,

Shils identifica tres variantes fundamentales: a) las comunidades intelectuales de las sociedades occidentales, que son unas sociedades "pluralistas, democráticas y de masas"; b) las comunidades intelectuales de las sociedades totalitarias, que son "oligárquicas e ideológicamente unitarias"; y c) las comunidades intelectuales de los países subdesarrollados, que oscilan entre las oligarquías militares y totalitarias y los regímenes políticos (Shils, 1972: 71). Para Shils, obviamente, en el seno de las sociedades occidentales, cuyo paradigma máximo sería la sociedad norteamericana, es donde se cumplen las condiciones más adecuadas para realizar en libertad la llamada de la vocación intelectual.

La interpretación de las funciones intelectuales, afirma Shils, sólo es posible en el seno de un complejo entramado de arreglos institucionales. Debido a la convergencia de diversos procesos sociales en la sociedad de posguerra, como la difusión de la educación, el aumento de la riqueza o del tiempo libre, los intelectuales se han incorporado progresivamente a instituciones organizadas y burocráticas. Al mismo tiempo, las tareas intelectuales se han diversificado y especializado de modo que pueden reconocerse una miríada de subcomunidades culturales (científicas, literarias, artísticas), unificadas en torno a un cuerpo común de normas y valores, y por instituciones centrales de selección y consagración. En los debates del funcionalismo las comunidades intelectuales se perciben muy alejadas del resto de la sociedad, porque se dedican a unas tareas, como la búsqueda del conocimiento puro y desinteresado, que no encajan con las funciones más prácticas y utilitarias de otros ámbitos. Sin embargo, al describir los vínculos de los intelectuales con la sociedad, los funcionalistas suelen evitar la perspectiva del conflicto y las herramientas analíticas del marxismo por considerarlas inapropiadas a los nuevos tiempos. Sus representantes, por tanto, buscarán otras vías para abordar los problemas que se plantean. En el caso de Shils, éste afirma que las comunidades intelectuales están escindidas del resto de la sociedad, forman un mundo con sus propias reglas y símbolos, habitados por personas que tienen intereses y afinidades comunes. No explica, sin embargo, los pormenores de esa escisión ni la estructura específica de dichos grupos. Otros autores, como se verá a continuación, sí que tratan de dar una explicación, aunque sea limitada, a estas cuestiones.

4. R. K. Merton: el intelectual burocrático y el intelectual independiente

El funcionalismo sociológico ha sido muy criticado por centrarse en los elementos que facilitan la estabilidad y olvidarse de las relaciones de poder que cruzan transversalmente los diversos ámbitos de la vida social. En Parsons, Lipset y Shils no observamos rastros de conflicto entre la comunidad intelectual y el resto de la sociedad, o en el seno de las propias comunidades intelectuales. En el marco estable de la democracias liberales estos conflictos tienden a ser residuales. Parece que las diferentes esferas de la vida social se acoplan armónicamente realizando funciones distintas y complementarias que aseguran el engranaje del conjunto. Esta visión es matizada parcialmente por Coser en su teoría del conflicto. En *Hombres de ideas* (1965), aparte de su tipología de intelectuales, analiza la relación de los intelectuales con el poder a lo largo de la historia, una relación de atracción/repulsión que ha provocado diferentes reacciones en el seno de la comunidad del pensamiento. Los intelectuales pueden estar con el poder (realizando funciones de legitimación) o contra el poder (realizando funciones críticas). En algunos casos históricos excepcionales, ellos mismos pueden ser el poder, como fuera el caso de los intelectuales jacobinos durante la Revolución Francesa. En cualquier caso, sus relaciones con el poder son siempre muy problemáticas, e implican agrios debates en el seno de las propias comunidades letradas y en el conjunto más amplio de la sociedad.

Junto a Coser, otro autor que estudia de una manera muy detallada las relaciones entre el intelectual y el poder, y más concretamente las tensiones y frustraciones que implica esa relación, es R. K. Merton. La relación de Merton con Parsons y el funcionalismo es bien conocida. El sociólogo de Columbia trata de dotar al funcionalismo de una cierta eficacia empírica mediante la reivindicación de las "teorías de alcance medio" (Merton, 1968: 56-92). Esta perspectiva se plasma claramente en su aproximación al estudio de los intelectuales, y muy especialmente a la relación que existe entre los intelectuales y el poder (sobre todo político y económico). Sitúa esta problemática en el contexto de los órdenes burocráticos en los que transcurre la actividad intelectual contemporánea, que modulan de manera determinante sus posibilidades de actuación. Merton considera intelectuales a las personas que se dedican a cultivar y formular conocimientos (Merton, 1968: 289). Ellos tienen acceso a un fondo de conocimientos que no procede únicamente de su experiencia personal directa; recogen este legado, lo reinterpretan y lo hacen

progresar. Dentro de esta visión un tanto genérica, Merton se interesa por el estudio de los intelectuales en el ámbito intermedio entre las ciencias y las humanidades, es decir, el espacio impreciso ocupado por las ciencias sociales. Las diferencias con las ciencias puras y las humanidades son especialmente patentes en su relación con el mundo de la política, porque las ciencias sociales tienen unas características particulares que condicionan su relación con los ámbitos de poder. Merton identifica tres aspectos específicos que caracterizan la conexión entre ambos mundos: 1) la indeterminación de los resultados de las ciencias sociales; 2) la falta de confianza entre intelectuales y políticos, y las percepciones diferentes de cada colectivo; 3) la percepción que pueden tener los políticos de que conocen los problemas mejor que los intelectuales (Merton, 1968: 289-291).

Estas condiciones indican que las relaciones de confianza que pueden existir entre el intelectual y el poder son débiles y volubles. De todas formas, la posición estructural es determinante para comprender su capacidad de maniobra. No todas las plataformas ofrecen las mismas posibilidades de acción. Desde este punto de vista, Merton concibe dos tipos fundamentales de intelectuales: los que ejercen funciones asesoras y técnicas dentro de una burocracia, y los que no pertenecen a una burocracia (Merton, 1968: 291). Esta diferenciación implica reconocer las diferentes "clientelas" a las que se dirigen los dos tipos de intelectuales: la clientela del intelectual burocrático son los políticos de la organización para los que desempeña su función asesora, mientras que la clientela del intelectual independiente la forma un público. En el caso del *intelectual independiente*, sus perspectivas pueden estar orientadas por su posición dentro de la estructura de clases, pero están algo menos sometidas al control inmediato de una clientela específica. Enfoca los problemas de una manera muy distinta a los intereses previos de un cliente burocrático. Puede sentirse libre para examinar las consecuencias de políticas que quizás serían ignoradas o rechazadas por la burocracia. Pero, al no estar sometidos a la presión de decisiones inminentes basadas en su trabajo, el intelectual independiente puede resistir en la esfera de las buenas intenciones y de los malos programas de acción. Aún cuando formule la política y el problema en términos realistas, es difícil que sus opiniones lleguen a los políticos responsables (Merton, 1968: 296). Si el intelectual quiere representar un papel efectivo es necesario que se convierta en parte de una estructura burocrática de poder.

La situación del *intelectual burocrático* es muy distinta. Generalmente su cliente es un político a quien le interesa traducir ciertos propósitos, vagos e indeterminados, en programas de acción precisos (Merton, 1968: 295). La especificidad de las demandas del cliente al intelectual burocrático influyen mucho en la determinación de sus actividades. Aún así existe un cierto espacio (aunque restringido) de maniobra intelectual. Por un lado, cuanto más próximo se encuentre a los centros de decisión, mayor será su influencia potencial para orientar las políticas públicas; por otro lado, cuando la zona de investigación no es indicada con precisión por el político, la investigación del intelectual puede, dentro de ciertos límites, enfocar la atención sobre ciertas líneas de acción, dando mayor peso a ciertos tipos de pruebas.

Esta diferenciación estructural no implica que unos sean más o menos íntegros que otros. La integridad, afirma Merton, puede encontrarse tanto en los intelectuales burocráticos como en los independientes. Las diferencias esenciales se encuentran en las relaciones con el cliente y en las presiones externas sobre su labor, que juegan un papel muy importante en la definición de los problemas que se consideran importantes. Cada uno de ellos toma una decisión importante, y a veces diferente, relativa a valores, al aceptar o rechazar la definición de un problema. El "punto decisivo es reconocer las implicaciones de valores que suponen la elección misma y la definición del problema, y que la elección estará en parte determinada por la posición del intelectual en la estructura social" (Merton, 1968: 298). El intelectual burocrático tiene que permitir que el político defina el problema que debe investigarse, alquila sus habilidades y conocimientos para conservar un arreglo institucional particular. El intelectual independiente quizás no tiene una influencia directa en la política vigente, pero hace avanzar los conocimientos que, tal vez, serán útiles para cambiar la ordenación actual. Tiene la capacidad importante de seleccionar a su clientela y, en consecuencia, el tipo de problema que le interesa.

Merton se interesa sobre todo en las contradicciones y las fricciones que se producen entre intelectuales y poderes en el seno de las estructuras burocráticas. A pesar de que el intelectual actúa condicionado por fuerzas sociales ajenas a su voluntad, puede encontrar espacio de libertad en los que ejercer su función con una mayor autonomía. Existen fuentes de conflicto directas entre ambos estratos debido a que ambos poseen valores e intereses diferenciados. Pero además de estas fuentes directas de conflicto, existen otras que dependen de su posición en la estructura social. Aunque los intelectuales

pueden estar interesados en mejorar su situación económica, los controles institucionales les obligan a considerar este aspecto como un elemento secundario y no como el propósito inmediato de su actividad. Por otra parte, el papel del empresario se define esencialmente por la acumulación indefinida de beneficios económicos (por medios legítimos) y todos los demás aspectos de su papel están subordinados a este objetivo esencial. Hay pues dos designios opuestos de vida, dos series contrarias de imperativos culturales. Según Merton, del recelo mutuo nace de esta oposición institucionalizada de los puntos de vista.

Con este conflicto como telón de fondo, es muy frecuente que las relaciones entre intelectuales, políticos y empresarios terminen en la frustración de los primeros. La luna de miel de los intelectuales con los políticos y empresarios suele ser “desagradable, irracional y breve” (Merton, 1968: 302). El intelectual, antes de ingresar en su empleo burocrático, suele pensar en los problemas haciendo abstracción de las exigencias de otras personas. Puede creer que un problema se resuelve por su interés intrínseco. Una vez dentro de la burocracia, descubre que su tarea está estrechamente conectada con las relaciones sociales que existen dentro de la institución. Su selección de los problemas a estudiar debe guiarse por las intereses de los clientes: si anteriormente había experimentado la sensación de la autonomía intelectual— el hecho de que esta sensación sea verdadera o falsa no es lo más importante—ahora se da cuenta de que los controles visibles ejercidos sobre el carácter y orientación de sus investigaciones. Los conflictos resultantes entre los criterios de selección y análisis de los problemas como intelectual independiente y como intelectual burocrático pueden llevar a huir de las burocracias y regresar de nuevo a la supuesta autonomía.

5. C. Wright Mills: el intelectual crítico

Autores como L. Coser y R. K. Merton se enfrentan a la cuestión espinosa de la relación entre los intelectuales y el poder, pero realizan esta aproximación con una cierta timidez, casi de manera tangencial. El funcionalismo considera a los intelectuales como una elite social, pero se trata de un estrato privilegiado con unas características únicas. En palabras de Shils, las comunidades intelectuales son agrupaciones especiales porque mantienen una relación con lo sagrado que es necesaria para el mantenimiento y el progreso de cualquier sociedad. En su seno se gestionan los asuntos relativos a la “verdad”, la “belleza” y la “universalidad”, y por ello no cabe plantearse problemas relacionados con el poder y la dominación, que desaparecen o quedan relegados a otros ámbitos más prosaicos de la vida social. Las cuestiones relacionadas con el conflicto entre elites y sociedad civil (o en el seno de las propias elites) no se encuentran en el programa, y en el caso de aparecer, como en los escritos de Coser y Merton, suele ser de manera muy restringida, insistiendo siempre en el equilibrio de poderes entre las diferentes partes en conflicto, dentro del marco de una sociedad liberal y pluralista (Jacoby, 1987: 157-158). Los intelectuales, además, al trabajar con materiales que no pertenecen a la sociedad mundana, poseen la capacidad de observar la realidad, desde la objetividad y la ausencia de pasiones, asumiendo la posición de espectadores imparciales. La perspectiva de estos autores no es muy lejana al “intelectual libre de ataduras sociales” descrito por K. Mannheim en la época de la República de Weimar.

Esta percepción es mayoritaria en el centro y periferia del funcionalismo de los años cincuenta. Una de las escasas voces que se enfrentará al “consenso ortodoxo” en la sociología de los intelectuales es la de C. Wright Mills. La posición de Mills hay que comprenderla en el seno de su concepción de las “élites de poder” que definen a la sociedad norteamericana. El autor de *La imaginación sociológica* (1959) se muestra muy crítico con la disolución del papel de las élites observable en la teoría social de su época. La visión funcionalista propugna un equilibrio de poderes entre los diferentes sectores sociales que imposibilita cualquier imposición por parte de un grupo determinado, cualquier forma de dominación de unos sobre otros. Toda acción social es el fruto de una negociación entre diferentes intereses y posiciones sociales y supone algún tipo de acuerdo de las partes (Wright Mills, 2001: 232-233). Sin embargo, continúa Mills, bajo los ropajes de esta “teoría del equilibrio”, cualquier grupo inferior que ofrezca algún tipo de resistencia puede presentarse fácilmente como inarmónico y perjudicial al interés común. Mills asegura que la doctrina de la armonía de intereses (característica del funcionalismo de Parsons y otros) sirve de ingenioso artificio moral que utilizan los grupos privilegiados a fin de justificar y sostener su posición de dominio. Las posiciones funcionalistas que se acaban de repasar, por tanto, no serían sino intentos ideológicos de justificar el *status quo* de la sociedad americana de posguerra. En su trabajo Mills reivindica

la recuperación de las herramientas analíticas del marxismo (o, más bien, de un marxismo reformulado), totalmente olvidadas por la generación de pensadores funcionalistas y su aplicación al estudio de las clases sociales y los propios intelectuales.

El funcionalismo reconoce la integración e institucionalización creciente de los intelectuales en el sistema social (Parsons, Lipset, Shils, Coser, Merton), pero considera este hecho positivo, un fruto inevitable de la evolución social. Por el contrario, Wright Mills mantiene la postura contraria y se rebela contra la integración de los intelectuales y su incapacidad sistemática de presentar análisis críticos sobre la realidad estadounidense. Asegura que los intelectuales, después de la Segunda Guerra Mundial, han claudicado de su misión al evitar las preguntas fundamentales sobre la sociedad norteamericana. Muchos se conforman con servir como expertos y consejeros de los poderosos, adaptándose a los intereses y necesidades de sus empleadores, convertidos en especialistas al servicio de las elites económicas, políticas y militares. Otros, atraídos por la postura de la alienación, prefieren retirarse de la política y se limitan a desarrollar una crítica cultural que no tiene consecuencias ulteriores. Sus visiones de la política son, en un caso y en otro, irresponsables. El corolario de esta irresponsabilidad se encuentra en el hecho de que muchas personas sufren luego las consecuencias de sus vacilaciones y sus errores, especialmente los grupos más desfavorecidos (Wright Mills, 2008: 16). Sus actitudes forman parte de la "irresponsabilidad organizada" que, según él, define a las sociedades industriales modernas.

En realidad, la institucionalización del campo cultural está dando forma a lo que Mills denominaba el aparato cultural (*cultural apparatus*), totalmente incorporado al grupo de poder (*establishment*) que dirige la sociedad. Sus ideas sobre los intelectuales y el aparato cultural fueron esbozadas en un libro que nunca llegó a terminar. Aún así, disponemos de algunos apuntes sobre la concepción del mismo que indican la dirección de sus ideas. La definición que aporta es sugestiva y contrasta vivamente con las visiones del sistema cultural tratadas en las páginas precedentes. Literalmente sostiene que:

El aparato cultural se compone de todas las organizaciones y ambientes en los que se realiza el trabajo artístico, intelectual y científico, y en los que se produce y distribuye la información y el entretenimiento. Incluye un intrincado entramado de instituciones: escuelas, teatros, periódicos, estudios de televisión, laboratorios, museos, revistas, estaciones de radio. Incluye a las agencias que producen información exacta y distracción trivial, objetos excitantes, vagos escapismos y consejos estridentes. Dentro de este aparato, en una posición intermedia entre el individuo y el acontecimiento, las imágenes, significados y eslóganes que definen el mundo se organizan y comparan, se mantienen y revisan, se aprecian y celebran, se esconden y desacreditan. Es la fuente de la Variedad Humana—de los estilos de vida y las formas de morir (Wright Mills, 2008: 204)

Según se desprende del párrafo anterior, el aparato cultural no se limita a guiar la experiencia individual, muchas veces también la expropia y suplanta. Los estándares de credibilidad, las definiciones de la realidad, las formas de sensibilidad, están menos determinadas por la experiencia directa del mundo que por la exposición permanente a los contenidos del aparato. La institucionalización y especialización que predicen los funcionalistas no hace sino perfeccionar el funcionamiento del sistema y limitar las opciones políticas de los intelectuales, porque en el seno del aparato cultural no puede hablarse de elecciones individuales; sus funciones están definidas previamente por los órdenes sociales dominantes que escapan al control del individuo (Oltra, 1978: 147-150). Desde este soporte institucional, los trabajadores culturales no proyectan sus creaciones; colaboran directamente en la perpetuación de una situación que han definido otros.

Para explicar esta coyuntura, Mills sugiere que una de las fuentes de desconcierto del intelectual moderno podría ser la confusión entre la *opción política* y la *función política* en el seno de la empresa burocrática. En las sociedades modernas, los intelectuales trabajan frecuentemente en el seno de poderosas organizaciones burocráticas, es decir, para el colectivo de los pocos que tiene la capacidad de tomar decisiones. Ejecutan decisiones ajenas por delegación. Aunque no todos los empleados culturales sean conscientes de ello, su trabajo tiene repercusiones importantes tanto en los grandes asuntos de la historia como en las cuestiones más concretas de la vida cotidiana—unas repercusiones que, en algunos casos, pueden ser contrarias a sus convicciones íntimas. Si comparamos esta proposición con los argumentos de Parsons o Merton en torno al funcionamiento de las burocracias, las diferencias son evidentes. Desde la posición de Mills, la neutralidad olímpica de Parsons y la equidistancia valorativa de Merton ante las consecuencias sociales de la acción burocrática suponen equivocaciones graves. No

parecen ser conscientes de que el proceso de institucionalización que aplauden no es sino un mecanismo social que restringe y limita gravemente su libertad de actuación. En contra de lo que dice Merton, no es posible la integridad intelectual en un entorno de trabajo que no se controla y cuyas consecuencias no se conocen.

Además de enfrentarse al funcionalismo, la concepción del poder y de las elites sociales de Mills muestra divergencias claras con el marxismo ortodoxo. En lugar de relacionar el poder con la riqueza o el privilegio de clase, Mills lo asocia a la capacidad de tomar decisiones. Esta concepción del poder tiene implicaciones al valorar el impacto político de los escritores, porque éstos deben defender su autonomía y capacidad para tomar sus propias decisiones fuera de las restricciones del aparato cultural. Tienen que asegurar las bases materiales de su independencia e integridad y enfrentarse directamente a la realidad de que "los medios de comunicación efectiva están siendo expropiados del trabajador intelectual. La base material de su libertad intelectual y su iniciativa no está en sus manos" (Wright Mills, 2008: 18). Las instituciones del aparato cultural (universidades, centros de investigación, etc) no pueden ser el origen del conocimiento puro y desinteresado. Tampoco pueden proporcionar plataformas neutrales para la acción política. La única opción de los intelectuales responsables es desprenderse de las tutelas institucionales y crear nuevas comunidades que escapen a su influjo. Estos espacios no surgen de forma natural; son el fruto de un costoso esfuerzo colectivo que asegura su funcionamiento y dependen asimismo de la "responsabilidad organizada" de sus miembros. En su trabajo académico y en sus intervenciones públicas, Mills no cesó de hacer llamamientos con el fin de establecer formas de responsabilidad colectiva que pudieran enfrentarse a este peligro; quería reforzar la solidaridad social en el ámbito cultural y asegurar su autonomía para evitar a toda costa la asimilación. Sólo de esta forma podrían los escritores y artistas realizar su tarea de forma honesta y responsable.

A pesar de la atracción casi hipnótica que provoca el aparato cultural, Mills considera que el intelectual es una de las escasas personalidades equipadas para resistir las acciones y engaños de los poderosos. Según él, los escritores poseen unas habilidades muy especiales que, aplicadas de forma adecuada, pueden ser valiosas para el conjunto de la ciudadanía: iluminar las conexiones ocultas entre las ansiedades íntimas del individuo y los grandes problemas estructurales de la sociedad norteamericana. Siendo los últimos artesanos de la era industrial, todavía pueden tomar decisiones sobre la orientación y la finalidad de su trabajo. Se encuentran estratégicamente emplazados en una posición que les permite realizar un análisis simultáneamente cultural y político. El ciudadano medio tiene una vaga sensación de enfermedad moral y psíquica, sugiere Mills, pero raramente reconoce que esta infelicidad la comparte con otros muchos y que responde a causas sociales que están más allá de su control. La responsabilidad de los intelectuales consiste en traducir los problemas personales en problemas comunes, en señalar los orígenes sociales de los descontentos privados. Es el deber del escritor público explicar por qué el individuo solitario de la sociedad moderna se siente impotente ante los problemas que le acechan, ya sea la amenaza nuclear o la inestabilidad capitalista (Pells, 1989: 258). La conexión de lo personal con lo político, la fusión de la crítica cultural con el análisis de las instituciones y las políticas, así como la formulación de programas y propuestas alternativas, eran para Mills las bases para promover el renacimiento de la *intelligentsia* radical.

6. Conclusiones

Los debates norteamericanos sobre la función social del intelectual se situaron en unos parámetros muy diferentes a los que, al otro lado del Atlántico, mantenían sus colegas europeos. La tensión entre el funcionalismo/liberalismo de los primeros y el marxismo de los segundos es evidente, a pesar de que en ambos bandos hay excepciones llamativas como las de R. Aron en Francia y C. Wright Mills en Estados Unidos (Picó y Pecourt, 2013). Las diferencias entre ambos continentes durarían hasta los años setenta, cuando el funcionalismo comienza a perder fuerza en América al tiempo que el marxismo empieza a fragmentarse en Europa. A partir de entonces se abriría un nuevo escenario en donde los medios de comunicación de masas y la cultura comercial, hasta entonces relativamente alejados del mundo de las ideas, adquirirán un papel fundamental, mientras las diferencias agudas entre la perspectiva norteamericana y europea pierden fuerza. En el territorio americano, A. W. Gouldner anunciará la decadencia del funcionalismo en trabajos como *La crisis de la sociología occidental* (2000), y más concretamente, *El futuro de los intelectuales* (1980), que escapa de las perspectivas ortodoxas y se deja

seducir por la teoría crítica europea, muy especialmente por el trabajo de J. Habermas. Gouldner consideraba que el funcionalismo había entrado en un estado de crisis irreversible y que los intelectuales podían adquirir un papel revolucionario que aquellos habían sido incapaces de percibir. Pronto los acontecimientos históricos demostraron que su crítica tampoco iba por el buen camino, y el marxismo empezó a perder prestigio rápidamente. Por su parte, el funcionalismo se renovó para adoptar nuevas formas y protegerse de críticas como las de Gouldner, pero su visión específica del papel de los intelectuales, elaborada por autores como Bell, Parsons, Shils o Merton, se acercó bastante a lo que, a día de hoy, parecen ser los nuevos roles de la inteligencia contemporánea, donde la función de "experto" predomina claramente sobre la función de "revolucionario".

Referencias bibliográficas

- Bernstein, E. (1974): *I presuposti del socialismo e i compiti della socialdemocrazia*. Bari: Laterza.
- Coser, L. A. (1965): *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1980): *Power and Knowledge: Selected Interviews and other Writings*. London: The Harvester Press.
- Gouldner, A. W. (1980): *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase*. Madrid: Alianza.
- (2000), *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gramsci, A. (1997): *Gli intellettuali*. Turín: Riuniti.
- Jacoby, R. (1987): *The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academie*. New York: Basic Books.
- Jumonville, N. (1991): *Critical Crossings: The New York Intellectuals in Postwar America*. Berkeley, California: Berkeley University Press.
- Konrad, G. y Szelényi, I. (1981): *Los intelectuales y el poder*. Barcelona: Península.
- Lipset, S. M., (1963): *El hombre político. Las bases sociales de la política*. Buenos Aires: Eudeba.
- Mannheim, K. (1966): *Ideología y utopía*. Madrid: Aguilar.
- Merton, R. K. (1968): *Teoría y estructura sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nielsen, J. K. (1991): "The political orientation of Talcott Parsons", en Tuner, B. S. y Robertson, R. eds.: *Talcott Parsons: Theorist of modernity*. London: Sage.
- Oltra, B. (1978): *La imaginación ideológica: una sociología de los intelectuales*. Barcelona: Vicens Vives.
- Parsons, T. (1969): "The intellectual: a social role category", en *On intellectuals: Theoretical Studies and Case Studies*. New York: Doubleday.
- Pells, R. (1989): *The Liberal Mind in a Conservative Age*. Middletown, Connecticut: Wesleyan University Press.
- Picó, J. (2001): *La edad dorada de la sociología 1945-1975*. Madrid: Alianza.
- y Pecourt, J. (2013): *Los intelectuales nunca mueren*. Barcelona: RBA.
- Shils, E. (1972): *Intellectuals and the Powers and other Essays*. Chicago: Chicago University Press.
- Tuner, B. S. y Robertson, R. (1991): *Talcott Parsons: Theorist of Modernity*. London: Sage.
- Wright Mills, C. (1956): *La élite de poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1959): *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2008): *The Politics of Truth. Selected Writings of C. Wright Mills*. Oxford: Oxford University Press.

Breve CV del autor:

Juan Pecourt es Licenciado en Historia por la Universidad de Valencia y Doctor por la Universidad de Cambridge. Es profesor de Sociología de la Universitat de València. Ha publicado diversos artículos en revistas especializadas sobre temas vinculados con la sociología de la cultura y los medios de comunicación, así como los libros "Los intelectuales y la Transición política" (CIS, 2008) y, junto a Josep Picó, "Los intelectuales nunca mueren" (RBA, 2013).